

Breve invención de Benjamín Barajas

Heridas con flechas envenenadas

Guillermo Vega Zaragoza

La obra literaria de Benjamín Barajas (Villa Madero, Michoacán, 1965) es amplia, breve y discreta. Parece que estoy diciendo un sinsentido, pero no lo es. Permitan explicarme. Es amplia porque consta ya de 14 libros —sin contar las antologías y colecciones de otros autores que ha preparado y editado—, cantidad que habla de una constancia y una madurez que se concentran en esta antología personal titulada *Breve invención*. ¿Cómo puede ser breve una obra con tal cantidad de libros? Lo es porque tanto en la poesía como en la prosa, Barajas ha apostado por la concisión, lo sucinto, lo preciso. La gran mayoría de sus poemas no superan los diez o doce versos, a lo mucho; ha acuñado el género del microensayo y se desenvuelve con especial acierto y soltura en el campo del aforismo. Finalmente, su obra es discreta en diversas acepciones de la palabra. Por un lado, es una obra plena de agudeza, ingenio y oportunidad, pero también —como él mismo lo reconoce— es distinta, moderada, sin exceso, por lo que ha preferido no intentar ni ha tenido la oportunidad de “infiltrarse en esas sectas” que manejan los talleres literarios, las publicaciones y las editoriales.

Como bien lo señala la maestra Dolores Castro en la presentación del libro, esta antología “nos muestra un andar, un camino, una vida acompañada por la poesía”; en este andar, Benjamín Barajas “se va elevando a medida que vive y expresa lo vivido en libros luminosos contruidos con breves, profundas, a la vez, transparentes imágenes que corresponden a su verdad, a su forma de ver e interpretar el mundo”.

Presentada en la compilación de manera cronológica, la obra de Barajas está dividida claramente, en una primera eta-

pa, por la poesía, y la más reciente por la prosa. A su vez, la fase poética puede partirse en dos vertientes. Desde su primera incursión, *Divagando en la voz* (1987) hasta el cuarto libro, *Luz de la memoria* (1998), el poeta —como si fuera el primer hombre sobre la Tierra— se dedica a nombrar y renombrar el mundo, que es un mundo diminuto, no sólo por la forma poética adoptada —versos breves con un especial cuidado en la composición y la música del poema— sino por los temas, sujetos y objetos de su atención: la naturaleza enerrada en el jardín, sus habitantes (insectos: arañas, moscas, mariposas, abejas; aves: palomas, gaviotas, águilas); el tiempo de la infancia, el contraste de la luz y la sombra y, sobre todo, el silencio.

El jardín abierto
a la preda de la abeja,
el deleite innominado
del color sobre la tierra.
Volar sincero en la hermandad
de los insectos. Bodegas que
propagan —sobre el viento—
su hambre satisfecha.

Jardín abierto a la mirada,
colores que reviven la belleza que allí
[aguarda,
sosegada.

Afirma Gaston Bachelard que “la poesía es una metafísica instantánea”, que “en un breve poema debe dar una visión del universo y el secreto de un alma, un ser y unos objetos, todo al mismo tiempo”. Y sentencia: la poesía “sólo puede ser más que la vida inmovilizando la vida, viviendo en el lugar de los hechos la dialéctica de las dichas y las penas”. En *La intuición*

del instante (1932), el filósofo francés señala que el tiempo de la poesía es vertical, mientras que el de la prosa es horizontal: “El fin es la *verticalidad*, la profundidad o la altura; es el instante estabilizado en que, ordenándose, las simultaneidades demuestran que el instante poético tiene perspectiva metafísica”. Benjamín Barajas encontró con sus primeros poemas que la brevedad es el camino directo a esa altura y a esa profundidad poética. Pero también nos muestra que, al mirar y admirar las cosas pequeñas del mundo, los paisajes y las imágenes de la naturaleza —evidente impronta de su origen campirano—, en sus poemas está contenida la complejidad del universo.

De nuevo Bachelard: “El instante poético es entonces necesariamente complejo: conmueve, prueba —invita, consuela—, es sorprendente y familiar. En esencia, el instante poético es una relación armónica de dos opuestos... Mas para el encanto, para el éxtasis, es preciso que las antítesis se contraigan en ambivalencia. Entonces surge el instante poético... conciencia de una ambivalencia”.

Vivimos en un tiempo extranjero
sin ganas de mirar
lo que hay detrás.
Los ojos encuentran su acomodo
sobre un cuerpo
que paciente
ve la mar.

Las barcas pasan
La espuma como el polvo
se libera
Y entonces
las gaviotas vuelan.

La segunda etapa de la obra poética de Benjamín Barajas abarca cinco libros,

desde *La gracia inmóvil* (2002) hasta *Ríos vigentes* (2010), donde se introducen los temas eróticos, amorosos, el cuerpo, el deseo, la ausencia del ser amado; sin embargo, el poeta no renuncia a los temas del periodo anterior sino que los integra y profundiza. De nuevo parece lo diminuto en el ámbito de la carne y de la sangre, pero ahora con la observación más amplia del mundo, que incluye al otro, a los otros.

Vivo de la sombra
del humo cansado y de las rosas.
Vivo de tu voz, de la sonrisa de tus
[labios
y del pan de una palabra que se va
[multiplicando
en cada boca.
Me alimenta la sospecha
la fría posibilidad del *sí* o el *no* de tu
[justicia austera,
me muevo en el peligro
como gestual gacela
que sabe presentir la proximidad del
[tigre
y así lo espera.

Arribamos entonces a la segunda vertiente de la obra literaria de Benjamín Barajas, donde predomina la prosa breve. Abarca en esta antología apenas tres libros: *Microensayos* (2004), *Pasión encerrada* (2007) y *Breves autopsias* (2013), a

la que habría que agregar el más reciente, *Jardín minado*, editado este año por Cuadrivio. Esta división bifronte de la obra de nuestro autor es reflejo, sin duda, del talante contradictorio de su personalidad literaria: por un lado, la poesía delicada, reflexiva, musical, y por el otro, el carácter corrosivo, implacable, contundente, sarcástico, a veces hasta con cierta rabia, de los aforismos y los breves ensayos: “Mi escritura es breve porque tengo breves momentos de corazonadas, de atisbos de realidad”, le confía el autor a Alejandro García en la reveladora entrevista que se incluye al final del volumen.

Nunca mejor titulado un libro como *Microensayos*, donde al igual que en *Pasión encerrada*, Barajas elude lo superfluo, la palabrería grandilocuente, y en un pequeño párrafo, con la contundencia de una bola de metal con la que se derrumban los viejos edificios, logra derribar lo que a otros chupatintas, soberbios y petulantes, les lleva páginas, tratados y volúmenes de jerigonza rebuscada.

Extraigo esta maravilla de concisión, que ya la quisiera George Steiner para pasear un domingo:

Dostoievski es el autor de un continente subterráneo, de un sistema espiritual donde la vida fluye por sótanos oscuros. La vasta parábola arquitectónica de Dante se

disuelve en las alturas de la luz amorosa cuando termina el sueño. El viaje prodigioso de Goethe (o de Fausto) se pierde en laberintos mitológicos; mientras que Shakespeare escenifica el prodigio del crimen en línea intemporal..., pero sólo en Dostoievski el drama crece hacia abajo, hacia las catacumbas del ser.

Esta agudeza la ha decantado al máximo en los aforismos que conforman *Breves autopsias*, libro que obtuvo el Premio Internacional Torno In Sintesi Aforismo 2014. Barajas sabe que la realidad siempre ha sido fragmentaria, ya que no podemos captarla en su totalidad. Necesitamos fragmentarla para hacerla soportable. Por ello el discurso extenso se ha convertido en una ilusión. La atención no se fija más que en pedazos. El discurso se ha vuelto, hoy más que nunca, fragmentario. El filósofo y científico alemán Georg Christoph Lichtenberg, el tatarabuelo del Twitter, dijo en el siglo XVIII: “¡Ah, si pudiera abrir canales en mi cabeza para fomentar el comercio entre mis provisiones de pensamiento! Pero yacen ahí, por centenas, sin beneficio recíproco”.

Vivimos en la *fragmentósfera*. Lo de hoy es la brevedad, ya no hay tiempo para leer algo más grande que lo que puede aparecer en el espacio de una pantalla de computadora. Apenas una ojeada y a lo siguiente. El ciberespacio es el lugar natural para lo breve, lo sentencioso, lo contundente. Es el lugar para la máxima, el aforismo, la greguería, el poemínimo, la minificción, los cuentuitos. En ese universo lo mismo conviven garbanzos de a libra junto con verdaderas inmundicias.

Sin embargo, Benjamín Barajas es repelente a la ocurrencia. Sabe que un buen aforismo debe ser como un colibrí, debe quedársenos revoloteando, dando vueltas en la cabeza por días y días. Sus aforismos son dardos que dan en el blanco, agujas que se clavan en el corazón o, de plano, balas que explotan y le vuelan los sesos al lector. Él lo sabe, por eso escribió: “La brevedad en literatura es una herida con flecha envenenada”. **U**

Benjamín Barajas, *Breve invención*, UNAM, México, 2015, 207 pp.

